



La trilogía juvenil americana José María Merino

Alberto Juan Ampuero

Profesor agregado de Lengua y Literatura Españolas. I.B. Los Rosales. Móstoles.

Una de las corrientes que más se ha desarrollado en los últimos quince años en la literatura infantil y juvenil es la novela histórica. Se suscitan varios problemas en relación al género, e incluso a las diferentes edades de lectura.

Con el sustantivo «novela» no hay equívocos; nos situamos en el campo de la literatura y, por tanto, dentro de la creación artística con la palabra, ya sea oral o escrita.

No demasiados problemas plantea el adjetivo «histórica». Desde el romanticismo, el género tiene plena vigencia, aunque habría que considerar sus profundas diferencias. Apuntaremos solamente una que nos parece esencial. Si bien la novela histórica romántica aparece como un género novedoso que pretende revolucionar los géneros novelescos, depreciados en el siglo XVIII,² la novela histórica actual responde a otros condicionamientos no demasiado explicados hasta hoy. Ángel Basanta, crítico, ha apuntado tres fenómenos que inciden en el desarrollo de este tipo de novela. Por un lado, un cierto agotamiento de los temas que lleva a los autores a la recreación de ciertos momentos históricos; por otro, el gusto de los novelistas actuales al arte del contar sin más, a la manera cervantina; finalmente, el éxito comercial que produce este tipo de literatura, pues no exige un lector preparado y es, por ello, del agrado de un público numeroso.³

Finalmente, nos encontramos con el adjetivo «juvenil». Quizá sea el más problemático, por cuanto atiende a las fronteras que lo separan y lo relacionan con «infantil» y, precisando un poco más, con «literatura para adolescentes». En este terreno, los límites se borran en

muchas ocasiones y no resulta fácil el deslinde. En primer lugar se puede interrogar acerca de la existencia de dicha literatura juvenil. Si vamos a la librería, es innegable el éxito de estas colecciones. Pero éste no es un criterio fiable. Como señala Victoria Fernández en un editorial de CLIJ, «la mayoría de estas obras juveniles no resisten una comparación seria con la narrativa para adultos; es más, ni siquiera merecerían la atención de los editores por su escaso interés y calidad literaria»⁴. Aunque admite, al plantear la polémica de su existencia, la posibilidad de que algunas obras puedan incluirse dentro de este tipo de literatura.

La otra cuestión, tampoco fácil, es su deslinde con la literatura infantil y más aún con la literatura para adolescentes. En este sentido, Juan Cervera apunta algunos elementos que dan alguna luz a todas estas cuestiones. Señala que la adscripción a uno u otro tipo vendrá delimitada por tres factores esenciales. La adecuación al desarrollo del niño, adolescente o joven, aparece siempre como el polo que condiciona los otros: los temas que tocan en las obras y su tratamiento literario. Bajo este triple prisma trataremos de ver la trilogía de José María Merino, formada por las siguientes obras:

El oro de los sueños. (Crónica de las aventuras verdaderas de Miguel Villacé Yólotl, novelada por José María Merino.) Ilustración de la cubierta: Stella Wittenberg. Madrid. Alfaguara, 1986. Alfaguara Juvenil, 245.

La tierra del tiempo perdido. (Crónica de las aventuras verdaderas de Miguel Villacé Yólotl, novelada por José María Merino). Madrid. Alfaguara, 1987. Alfaguara Juvenil, 291.

Las lágrimas del Sol. (Crónica de las aventuras verdaderas de Miguel Villacé Yólotl, novelada por José María Merino). Ilustración de la cubierta: Stella Wittenberg. Madrid. Alfaguara, 1989. Alfaguara Juvenil, 368.

1. EL PROBLEMA DEL GÉNERO

(El tratamiento de los temas)

El género donde se inscribirían las tres obras es confuso. Si atendemos al subtítulo de las mismas serían tres crónicas de Indias, cuyo contenido suele responder, a la verdad, frente a la literatura imaginativa. Oigamos al pirata Pulido:

Mas dejando aparte estos libros escritos por el puro impulso de la imaginación, os

digo también que estimo en mucho las crónicas de los sucesos verdaderos. En mi trabajo he podido hacerme con muchas relaciones de conquistas y entradas a tierras ignotas.

«*La tierra del tiempo perdido*». (pág. 178).

Ahora bien, esta verdad no es única. Frecuentemente el cronista trata de defender un punto de vista parcial, incluso aunque no lo pretenda, como ya veremos. De nuevo, el Pulido, un hombre aficionado a la lectura, aunque Pirata, nos da la clave de este fenómeno:

Miguel, continuó el capitán, no hay escritura inocente. La más verdadera relación de sucesos lleva en sí el partido del escribano (...) Mas no sientas culpa alguna, pues una vez escritas las historias pierden los límites que sus autores han creído poner en ella y adquieren sólo lo que los lectores quieren admitir y reconocer.

«*La tierra del tiempo Perdido*». (pág. 183).

Junto a la crónica nos encontramos con la novela. De un lado, la verdad histórica de la crónica; de otro, la ficción de la novela. El camino está por desbrozar, y en esta labor el lector debe ser activo, como recomienda el Pulido. Deberá separar entre Miguel Villacé y José María Merino, si fuera posible. Poco hay de nuevo en este juego para un lector avezado. O cuando menos para un lector de crónicas, por un lado, y del *Lazarillo*, y sobre todo del *Quijote*, por otro. Queda suficientemente claro, a pesar del epílogo del novelista que cierra la trilogía, que nos encontramos ante el mundo de la ficción. Sólo que se trata de ficción histórica y realista.

Hay que contar con la «ingenuidad» de los lectores hacia quienes va dirigida la colección. Quede desde ahora claro que pensamos que estas obras están dirigidas, como cualquier otra, a todos los lectores sin excepción. El hecho de incluirlas dentro de una u otra colección es un fenómeno más comercial que literario, como ya señalábamos al comienzo⁵. Ahora bien, este mismo hecho influye decisivamente en la recepción de la obra por el público lector. Cabe, pues, plantearse la cuestión de si este adolescente-joven lector será capaz de entender lo narrado como perteneciente al mundo de la ficción.

Tal cuestión se planteaba en términos semejantes con la recepción de una obra ya citada, en el siglo que sirve de marco para nuestra obra: *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*. Curiosamente, la última crónica de Miguel Villacé acaba en 1553, justamente un año antes de la aparición de las ediciones conocidas del

Lazarillo. Como señala el profesor Rico, esta obrita, en su recepción, «no se dejaba leer como

ficción de buenas a primeras»⁶. Pero el anónimo autor pondría sobre la mesa las pistas suficientes para que el lector sagaz descubriera que no se trataba de la vida de un pregonero real. Ahora bien, «interpretando el texto al pie de la letra, nunca se traicionaba: todo fluía como si fuese verdad, por más que uno estuviera convencido de que no lo era»⁷. Para ello, Lázaro se apoyaba en la carta autobiográfica. Merino se apoya en el género de la crónica para conseguir el mismo propósito. Todo lo que cuenta es verdad porque se trata de una crónica.

Aunque no haya aparecido la novela picaresca en los años en que Miguel escribe, nos encontramos en algunos casos con un fiel trasunto de la misma. Esta afirmación no debe sorprender si tenemos en cuenta que rasgos picarescos se encuentran ya en algunas crónicas, como en la *Vida o Libro de la vida y costumbres de don Alonso Henríquez de Guzmán, caballero noble desbaratado*.⁸

Cierta familiaridad picaresca se puede encontrar en el personaje de Juan Gutiérrez. Prácticamente constituye todo un recorrido por la picaresca, desde el Guzmán hasta el Buscón, incluyendo además aquellas obras que la bordean, como el *Rinconete y Cortadillo* de las *Novelas ejemplares* cervantinas:

Yo había oído hablar a mi padrino de Sevilla como un emporio fabuloso, puerto de partida de toda las esperanzas, ciudad de hermosura y grandeza que sólo con la mirada podrían apreciarse. Sin embargo, la ciudad que me enseñaba Juan era muy distinta: allí campeaban el hurto y la mala vida, y toda la caterva de los pícaros estaba organizada. Los productos de los robos y rapiñas eran administrados colectivamente, y hasta la justicia recibía participación en la renta de las fechorías.

«*El oro de los sueños*», (pág.41).

Por otra parte, la peripecia vital de este personaje, Juan Gutiérrez, estaría muy de acuerdo con las novelas italianas. Pues al final nos enteramos que es hija de un noble, no de un mesonero. E incluso podríamos señalar ciertos rasgos de la novela bizantina, sobre todo por la defensa de la honestidad que hay en toda la obra.

Se podría decir que la trilogía es un fiel reflejo de la licitud de cierto tipo de literatura; se incluiría dentro de las disputas erasmistas sobre la literatura de evasión. Si una polémica literaria se recoge en la trilogía es la que concierne a los libros de caballería. Como Bernal Díaz del Castillo, su «compañero» de expedición y conquista en Nueva España, Santiago Ordás,⁹ conocía y había leído el *Amadís*; gracias a él,

Miguel Villacé entra en este mundo. La trilogía comienza con la referencia al *Amadís*:

... embebido en mi tarea, mi mente recordaba algunas de las aventuras que me narraba el padrino: aquellas de don Amadís, hijo de Perrión, rey de Gaula, y de la princesa Elisena de Inglaterra. Quizá hasta murmuraba, sin darme cuenta, frases del famoso caballero, a punto de emprender singular combate con su hermano Galaor, sin reconocerle.

«El oro de los sueños», (pág.12).

Como muchas mentes de la época, Miguel confunde ficción y realidad. Equipara a don Amadís con don Hernando Cortés. Y acepta gustoso su nueva titulación:

Don Santiago, dijo la señora, dirigiéndose a mi padrino. Si nos consentís, me complacería que este novísimo Caballero de la Verde Espada fuese mi paje de armas.

Señora, repuso mi padrino, no podría desear para el muchacho mejor estreno en este oficio.

«El oro de los sueños», (pág. 49).

Tal confusión fue la que provocó la prohibición de difundirlos en el Nuevo Continente. Con anterioridad, los erasmistas se habían opuesto a este tipo de obras por considerarlas «literatura inmoral y literatura mentirosa», como hacía Vives.¹⁰ Pero ni unos ni otros consiguieron sus propósitos:

¿Conocéis las aventuras de don Amadís? pregunté.

Las conozco, muchacho, como conozco las de su hijo Esplandián, las de su nieto Lisuarte y las de su bisnieto Amadís de Grecia. Pues a pesar de que vuestro Rey haya prohibido que se traigan tales libros a estas tierras, tal debe ser la avidez por ellos que muchos barriles y botas, en lugar de contener los vinos que anuncian, vienen ocultamente cargados con tales fábulas.

«La tierra del tiempo perdido», (pág. 177).

La dura realidad hará que Miguel sea capaz de distinguir entre ficción y realidad. La amenaza, ya en el libro tercero, de un envidioso capitán («*Muy pronto conocerás, indio, lo que cuesta en esta tierra jugar a caballero andante*», pág. 35) le enseñará a distinguir. Cuando se cierra la trilogía, Miguel ha comprendido:

Doña Ana quedó en silencio largo rato y al fin suspiró.

Miguel, veo que nunca dejas de tener presente esos libros de caballerías.

Yo me sentía muy avergonzado.

Desgraciadamente, he debido olvidarlos totalmente, señora. Ya no soy un niño y ahora sé que sólo en la imaginación de los autores de tales libros existe la andante caballería. He comprendido, con decepción, que se trata solamente de fábulas...

«Las lágrimas del Sol», (pág. 207).

Ahora, cabe esperar que los lectores sean capaces de entender el juego. Ellos también deben comprender que lo que se narra no es

————— 28 —————

sino el fruto de la inacción del autor. Ficción y nada más que ficción. Y ello, por más que este se empeñe. Porque el epílogo final vuelve a producir serias dudas. En él declara el autor cómo llegaron a su poder las crónicas escritas por Miguel Villacé. E incluso da cuenta de la existencia de dos nuevas crónicas:

Con la presente novela completo la estructura, un poco mágica, de una trilogía. Sería deseo mío cerrar en su día todo el ciclo, llevando a la novela las crónicas que faltan, pero es decisión que debo dejar madurar sin prisas.

«Las lágrimas del Sol», (pág. 114).

Este recurrir a una autoría ajena está dentro de la tradición literaria, siendo un motivo reiterado en los libros de caballerías y, sobre todo, en el último de ellos: nos

estamos refiriendo al *Quijote*, por supuesto. Recordemos ahora lo que señalamos al comienzo: existe una vinculación cervantina con la novela histórica actual.

José María Merino no deja de confesar su deuda con las crónicas y con los estudios generales sobre el tema. Pero creo que el párrafo final no deja lugar a dudas sobre la verdad de lo escrito:

Quiero, por último, agradecer desde aquí el interés de mis lectores y asegurarles que en estas aclaraciones mías no hay nada que pueda contradecir la inexcusable verdad novelesca de mi proyecto.

«*Las lágrimas del Sol*», (pág. 215).

El subrayado es nuestro. Se trata de una verdad novelesca. Y la verdad novelesca es ficticia. Como señala el profesor Rico:

... fue al amistar con la vida vulgar y doblarse a las rutinas del empirismo cuando la ficción en prosa se convirtió en el género más revolucionario de la época posclásica y se alzó con la preeminencia que todavía suele otorgársele en el campo de las letras.¹¹

Aunque obra realista, apoyada en un género donde se relatan hechos reales, los lectores más avezados deben captar que lo que allí se cuenta sólo ha ocurrido en la imaginación del autor. Los personajes, aunque se piensen reales, dejan de serlo al pasar a la novela. De ello era consciente el personaje más curioso de toda la trilogía, el Pulido:

... (Yo) Intervengo en el desarrollo del relato de Miguel, como si yo personificase al propio destino o formase parte de la imaginación de un autor. ¿Puede haber ocasión más grata para un lector fervoroso de fábulas y aventuras, como yo lo soy?

«*La tierra del tiempo Perdido*», (pág. 186).

La cuestión del género se presenta así inmersa en las disputas literarias del siglo XVI. Pero no se queda ahí. En este caso condiciona su

adscripción a uno u otro grupo de literatura. En efecto, los elementos que inciden en la novela se relacionan directamente con el destinatario. Nos encontramos con la capacidad de razonamiento del héroe, que llega a ella gracias a un aprendizaje y desprendimiento del mundo anterior. Ello se produce gracias a la parte de crónica que tienen las novelas, pues ésta se ciñe a la verdad. Así se avanza en la maduración y crecimiento del héroe.

La vinculación con la picaresca nos sitúa también en el mundo de la adolescencia. Como señala Juan Cervera, «al llegar a la adolescencia la familia ya no se ofrece como un reducto donde el muchacho es acogido con cariño, ni es el puerto seguro que se teme perder cuando se es niño».¹² Hay, no obstante, notables diferencias con *El Lazarillo*. Miguel no pierde nunca la conexión con el mundo familiar, porque de alguna forma sigue presente el mundo del niño, ante los problemas que plantea su paso hacia el mundo adulto. Por otra parte, habría que señalar que *El Lazarillo* no es ejemplo de literatura para adolescentes, ni siquiera como literatura «ganada», por más que algunos profesores se empeñen en ofrecerla a jóvenes lectores.

Su vinculación con la novela bizantina nos sitúa en otro de los aspectos conformadores de la personalidad del adolescente: el sexo. A lo largo de las tres novelas se producen cambios significativos: de la simple referencia de diferenciación, en la primera, se «pasa al descubrimiento del sexo como una realidad determinante en y de la vida».¹³

De esta forma, la cuestión de los géneros no aparece como algo postizo ni añadido, puesto que el tratamiento de los temas se adecúa con el público al que se dirige.

2. NOVELA HISTÓRICA

(Los temas)

Pasamos ahora al mundo de Miguel Villacé Yolott. El situarse en los años que rodean a las primeras conquistas en América configura la novela, en cuanto a los temas, de un modo especial. Nos sitúa en una época y una geografía distantes; de ahí el calificativo de «histórica». Por otra parte, el acudir a los géneros vigentes en la literatura del siglo XVI, como hemos señalado con anterioridad, configura la trilogía como un magnífico instrumento para adentrarse, desde una óptica distinta, en el V Centenario. El acercamiento a este complejo mundo cultural se produce de una forma gradual. Como el mismo autor reconoce:

*la cronología y a la historia concreta. Así, de una imprecisa mitad del siglo XVI y unos paisajes poco determinados llegué al Perú de 1542, cuando se enardecen las guerras civiles entre pizarristas y almagristas, y en mi novela aparecen sucesos históricos, por ejemplo, la sangrienta batalla de Chupas, y personajes reales, como Diego de Almagro el Mozo.*¹⁴

Merino nos muestra, a través de su personaje, las tres grandes culturas de la América precolombina. Sin embargo, no lo hace de manera uniforme. En el primer volumen, la acción transcurre en territorio azteca, pero apenas hay referencias geográficas y culturales precisas. Sabemos que la aldea de Miguel está cercana a Tlaxcala, en el camino hacia México-Tenochtitlán, y poco más. Se hacen referencias a la antigua lengua y las antiguas costumbres y religión. No se dice en qué consistían éstas únicamente hay una insistencia en el mundo de los sueños, a camino entre la vida y la muerte, con carácter premonitorio. Quedaría por admitir que este rasgo fuera propio de la idiosincrasia americana; pero cuando menos sí que estaría presente en ciertas realidades mágico-míticas del mundo hispanoamericano. Hay un fragmento que recuerda el mundo de los muertos de *Pedro Páramo*, la genial creación de Juan Rulfo: Miguel, en una alucinación producto de la fiebre, ve a su abuelo indio:

Era él. Iba adornado de la misma manera que la noche de nuestra despedida, con el pecho impreso con marcas de pintaderas. La suave luz de la candela le borraba otra vez las arrugas y mostraba un rostro lleno de juventud. Su presencia me hizo sentirme todavía más tranquilo.

Abuelo, le dije. Me puse malo. Me morí.

Él no decía nada.

Me morí allí, entre las hojas, murmuré.

Dejé clavados dos guantes, pero Juan no encontró la señal.

«*El oro de los sueños*», (pág. 134).

Si se reflejan muchos aspectos referentes a la conquista, como los requerimientos, el quinto real, las técnicas de guerra: es la visión hispana de la conquista, que se irá completando en los libros siguientes. Estará presente la disputa entre evangelizadores y encomenderos, las guerras civiles, la crueldad de vencedores y vencidos; nos da testimonios literarios de la época, a caballo entre la Edad Media y el Renacimiento: el romancero, lírica popular por un lado; Juan del Encina y Garcilaso, por otro. Así hasta

ofrecer un panorama completo de la cultura y los problemas del lado de los conquistadores.

No menos interesantes nos resultan las referencias al mundo maya incaico de los libros segundo y tercero, respectivamente. En el primer caso, Miguel se convierte en hacedor de la historia, puesto que transcribirá con caracteres latinos la visión del mundo maya. Aprovechará la ocasión para resumirnos la creación

————— 31 —————

del hombre tal y como aparece en *Popol Vuh*; o nos hará partícipes de la visión de Chitzchén-Itza, donde su padrino y él son víctimas de la codicia de un bachiller y están a punto de morir en un cenote, que afortunadamente se puede visitar en la actualidad.

De igual manera sucede con los incas u orejones, como los llamaron primeramente los españoles. Nos contará la división del Incario en cuatro territorios, la concepción divina del Inca, etc. Merino no deja de confesar su admiración por este pueblo. Intencionadamente, cierra la trilogía en una fecha precisa:

Madrid, 12 de abril de 1989.

*Cuando se cumplen 450 años
del nacimiento del inca
Garcilaso de la Vega.*

También encontramos la dificultad en nombrar los nuevos productos, como les ocurría a los cronistas, de quienes es deudor en estos casos. Miguel se encuentra en apuros a la hora de referirse a la patata, el tabaco, las hojas de coca, las llamas. Finalmente, señalaremos, frente al primer libro, que la geografía se hace precisa, todo lo precisa que permitía la cartografía de la época. Pero podemos seguir perfectamente la ruta desde Yucatán hasta El Callao, donde dejamos a nuestro protagonista.

Todo ello contribuye al carácter divulgativo de la trilogía. La inclusión en una colección juvenil condiciona posiblemente esta característica. Ello no resta valor a las obras, pues queda contrarrestado con el carácter aventurero, como veremos. Produce un ritmo pausado al obligar a detenernos en momentos culminantes.

6. EL MESTIZAJE

(La psicología del personaje)

Hemos hecho referencia, en varias ocasiones, a los dos mundos que se encuentran en la América de 1492. Permanecerán separados si no fuese por la presencia del protagonista, el mestizo Miguel Villacé Yolotl. De nuevo tenemos que tener presente la referencia al inca Garcilaso. Ambos aparecen preparados, por sangre, para convivir con dos mundos que se sienten antagónicos. El problema del mestizaje define al personaje y caracteriza la novela. Estamos, con ello, junto al género que ya ha sido analizado, con otro de los elementos que la caracterizan como novela para adolescentes: la afirmación de la propia personalidad.¹⁵ El autor así lo reconoce:

————— 32 —————

Sin embargo, yo no pretendía hacer una novela histórica en el estricto sentido de los términos, pues daba más valor al personaje protagonista, un muchacho mestizo de dos culturas contradictorias, y a su participación en la aventura.¹⁶

Hay que partir de la aceptación de este hecho por parte de todos. El primero en reconocer esta extraña mixtura es el abuelo indio. Miguel se reconoce como tal. Y no siente vergüenza de declarar sus dos apellidos. Siempre que puede manifiesta su doble condición, incluso frente a la animadversión de personajes siniestros, como el capitán Bengoechea. La simpatía que siente por Diego de Almagro el Mozo proviene de su misma condición. Ello le permite mantener una actitud ecuánime frente al mundo.

Su sangre india le proporciona algunas características que definen su personalidad. En primer lugar, la facilidad para el ensimismamiento. Miguel será capaz de captar aquellos fenómenos que escapan al raciocinio de los hijos del sol. Luego, la defensa del indio y todo lo referente a su cultura, frente a la actitud destructora del conquistador. Las ciudades mayas o los caminos incarios son dignos de admiración, pues son fiel reflejo de un pasado glorioso que merece ser respetado. Y lo mismo podríamos decir de la belleza del indio. Si bien es cierto que los cabellos dorados de doña Ana le sorprenden por su belleza, también es capaz de captar la belleza indígena de dos hermanas gemelas (hasta el punto de descubrir en él sentimientos nuevos, como el amor), o incluso la de Lucía, su hermana de adopción.

Del padre español, capitán de Cortés, le viene su gusto por la aventura. Este afán parece propio del español, como declara fray Bavón:

Teresa, dijo (Bavón). También los linajes tienen sus destinos. Del linaje de su padre le viene al muchacho la obligación del riesgo, y el no contentarse con poco.

«El oro de los sueños», (pág. 17).

Al igual que en el caso anterior, Miguel acepta gustoso este nuevo componente de su personalidad.¹⁷ Como Juan convertido ya en Juana, descubre el placer de «correr caminos». La aventura trae consigo el riesgo, el no saber qué pasará mañana. Frente a los recuerdos del hogar materno, Miguel decide, en última instancia, seguir camino hacia los mares del Sur, al cerrarse la trilogía.

Ahora bien, no se trata de dos mundo separados, sino integrados. Porque el Miguel castellano se encuentra con el Miguel indio precisamente gracias a la aventura. Joan Manuel Gisbert lo expresa con claridad manifiesta:

————— 33 —————

El héroe de ficción que llega a la apoteosis de su aventura difiere esencialmente de aquel que la emprendió, a pesar de ser el mismo. El otro porque es más él mismo. Se ha acercado, en mayor o menor grado, a la consumación de sus potencialidades, ha surgido de dentro de sí mismo, ha sido puesto a prueba y ha dado sus respuestas, ha acompañado su exploración de lo exterior con la puesta de manifiesto de lo más valioso de su fuero interno. Y, ¿qué cosa es, sino esto, en toda vida, el crecimiento?¹⁸

En el camino, Miguel ha ido perdiendo la ingenuidad infantil; ha encontrado el amor y ha tenido que renunciar a él por imposible e ilícito; ha ido entendiendo el mundo en que debe desenvolverse. Y más, ha perdido los lazos que le atan a ese mundo infantil. Su madre está lejana, su padre, muerto en su corazón, su padrino, muerto físicamente. Ha comprendido que la andante caballería era sólo quimera, después de todo lo vivido. Ahora él deberá actuar según su propia voluntad. Y decide seguir en la aventura:

Mi señora, en mi vida he aprendido que nunca las decisiones son del todo libres, pues muchos lazos invisibles nos sujetan desde contrapuestos extremos. Ahora pienso que las decisiones han de ser, sobre todo, justas. Y en este caso mi decisión lo es. Además, acompañaron a vos será para mí el más deleitoso de los viajes.

«Las lágrimas del Sol», (pág. 20).

7. BIBLIOGRAFÍA

AAVV: *Corrientes actuales de la narrativa infantil y juvenil española en lengua castellana*. Madrid. Publicaciones de la Asociación Española de Amigos del Libro Infantil y Juvenil, 1990. Temas de Literatura Infantil n° 9.

AAVV: *El continente americano en los libros infantiles y juveniles*. Madrid. Publicaciones de la Asociación Española de Amigos del Libro Infantil y Juvenil, 1991. Temas de Literatura Infantil, n° 11.

Anderson Imbert, Enrique: *Historia de la literatura hispanoamericana. La colonia. Cien años de república*. La Habana. Ed. Revolucionaria, 1968.

Bataillon, Marcel: *Erasmus y España*. México. Fondo de Cultura Económica, 1983.

Cervera, Juan: *Teoría de la literatura infantil*. Ediciones Mensajero. Universidad de Deusto. Bilbao, 1991

Díaz del Castillo, Bernal: *Historia verdadera de la conquista de*

————— 34 —————

Nueva España. Edición, índices y prólogo de Carmelo Sáenz de Santamaría. Madrid, Alianza, 1989. Alianza Universidad, 580.

Inca Garcilaso de la Vega: *Comentarios Reales*. (Tomos I-II). Prólogo, Edición y Cronología: Aurelio Miró Quesada. Venezuela. Biblioteca Ayacucho, 1976.

Lazarillo de Tormes. Edición de Francisco Rico. Madrid. Cátedra, 1987.

Lázaro Carreter, Fernando: «El realismo como concepto crítico literario» en *Estudios de poética (la obra en sí)*. Madrid. Taurus, 1979. Persiles, 95.

Lloréns, Vicente: *El Romanticismo Español*. Castalia. Fundación Juan March. Madrid, 1979.

Popol Vuh. Versión de Beatriz Doumerc. Dibujos de Eugenio Damet. Barcelona. Lumen, 1988. Grandes Obras, 19.

Sáinz de Medrano, Luis: *Historia de la literatura hispanoamericana*. Vol I (*Hasta siglo XIX incl.*). Madrid. Biblioteca Universitaria Gaudiana, 1976.

————— 35 —————



José Luis Cabañas



Maribel Corral

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

